

KHOSRAVI, SHAHRAM (2021 [2010]). *Yo soy frontera. Autoetnografía de un viajero ilegal*. Barcelona: Virus Editorial

Nadya Jaziri Arjona

nadyajaziri@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0001-1118-3872>

La migración es una realidad, un tema, un debate y una vivencia atemporal. Igual que la tierra gira sobre su eje, los seres humanos también se mueven. Tanto los motivos por los que se migra como las razones por las que alguien se queda o se va son multicausales. Khosravi plasma su propio viaje migratorio como una autoetnografía en la que entrelaza y analiza su historia a través de un marco teórico extenso y preciso que une los estudios académicos en el ámbito de las migraciones con la mirada antropológica. Sobre todo, expone los símbolos y rituales que atraviesan las personas migrantes en todo el periplo. El autor aborda la migración *ilegal* desde algo que se aprende culturalmente y que nace de un imaginario colectivo. Su trayecto personal comienza con su huida de Irán debido a la guerra con Irak en los años ochenta hasta su llegada a Suecia. A raíz del conflicto, comienza a instalarse en Irán una cultura que idolatra el martirio y, por ende, de aprendizaje de la guerra, que Khosravi rechaza radicalmente, lo que le convierte en clandestino dentro de su propio país. En aquel tiempo, no existía una diáspora iraní como la actual y no había redes tan extensas y comunicadas. El sistema migratorio se va tejiendo poco a poco y la propia migración acaba convirtiéndose en un producto y una empresa autosuficiente.

Cruzar *ilegalmente* transgrede la sacralidad de los ritos fronterizos basados en el control de los pasaportes o las aduanas. El propio cuerpo de la persona migrante se percibe como un símbolo de ofrenda y sacrificio. Disfrazarse para pasar desapercibido en un país, interpretar, convertirse y estar a la altura de la persona que refleja el pasaporte falsificado, preparar y esconder dinero para sobornos, sufrir torturas o violaciones, trabajar desde la explotación, acabar en comisarías o cárceles, reproducir la vivencia migratoria en incontables entrevistas a personas desconocidas y

experimentar físicamente el racismo, como pueden ser los insultos o las agresiones corporales, todo ello forma parte de este ritual que impregna y simboliza la “ilegalidad”.

Toda esta cosificación de las personas migrantes se produce porque categorías como *indocumentados*, *apátridas* o *solicitantes de asilo fallidos* no encajan en el ideal estético de los Estados nación. Khosravi, citando a Mary Douglas, expone cómo estas personas “penetran en la ‘pureza’ del estado del bienestar y constituyen un ‘peligro’” (p. 199). Están contaminadas y son contaminantes, por lo que deben quedar atrapadas en la posición de ser frontera. Solo los que son refugiados “puros y merecedores” serán “acogidos”, solo aquellos que muestran en sus cuerpos restos del sufrimiento del viaje; el resto debe ser expulsado para reafirmar el sentido y la soberanía de las fronteras físicas.

La tesis principal de Khosravi es que el cuerpo de la persona migrante *es* frontera, y que lo es porque es desde su corporalidad desde donde se aplican las leyes de extranjería (entrar, salir o quedarse en un país) y desde donde se puede “leer el dolor” (heridas, cicatrices, violaciones, embarazos) que acredite su condición de persona refugiada. Percibir a las personas migrantes como *frontera* muestra cómo sus cuerpos, privados e íntimos, se convierten en asuntos de interés nacional a través de los medios y los discursos políticos. A quién aman, con quién construyen una familia o por dónde caminan son cuestión pública si se le ha aceptado la solicitud de asilo. Es decir, están atrapadas en otra frontera de lo que el autor denomina la *hospitalidad condicional*: “[...] la condición de ilegalidad impone una sumisión incondicional” (p.161). Irónicamente, se les “acepta”, pero deben actuar como personas refugiadas vistiendo ropa sucia o rota, además de adoptar una imagen triste y profunda. Deben tener una “historia creíble” y someterse una y otra vez al papel de víctima para que su solicitud de asilo no sea derogada.

Khosravi recupera a Lévi-Strauss para mostrar cómo las sociedades occidentales tienen dos estrategias para “aceptar a los extraños”: la antropofágica (comerse a los extraños para preservar la homogeneidad cultural, con ejemplos como el cambio de la ortografía, la condición de aprender el idioma o el cambio de nombre para que sea más “pronunciable”) y la antropeómica (vomitar a los extraños, expulsarlos). Los

derechos, recursos y ayudas están disponibles, pero no son accesibles para todo el mundo. Tenemos derecho a una nacionalidad, pero no a que los Estados nos la den. Tenemos derecho a emigrar, pero no a inmigrar. En resumen, los derechos humanos solo se ejercen bajo el amparo de unos derechos civiles y, para ello, primero hay que ser ciudadano. El autor parafrasea a Hannah Arendt cuando cita que “la ciudadanía se ha convertido en la *naturaleza* del ser humano” (p. 205) en lugar de la condición de humano en sí misma.

Las personas a las que se les adjudica y relaciona con alguno de los siguientes términos (*traficante, ilegal, refugiado, solicitante de asilo fallido, apátrida*) quedan excluidas de las reglas del juego y se convierten en fisuras del sistema. Es decir, en fronteras. La paradoja radica en que, al no tener una nacionalidad por temor a regresar al país de origen, parecen invisibles a ojos de los Estados, pero constantemente se les observa, registra y controla. La ironía es que se les considere personas “sin papeles”, pero que anden con sus papeles de oficina en oficina. La contradicción es huir de un país en guerra, pero que acaben sufriendo asaltos, insultos y agresiones racistas en el supuesto país de acogida.

A través de esta autoetnografía, Khosravi quiere abrir las puertas al estudio de las emociones dentro de esta posición de frontera. Las fronteras emocionales que también experimentan las personas migrantes van más allá de la culpa por saber, oír o ver violaciones y no poder decir nada, van más allá del dolor insoportable al pensar en los jóvenes que no pudieron o quisieron irse del país a pesar de la guerra. La experiencia de migrar *ilegalmente* identifica sonidos de peligro, genera miedos y fobias espaciales hacia los lugares públicos y crea un sentimiento de vigilancia constante, pero, ante todo, provoca una vergüenza que pareciera estar ligada a la naturaleza de las fronteras. Porque, si traducimos culturalmente los conceptos jurídicos y políticos y los aplicamos al ser que migra *ilegalmente*, se nos revela cómo, en sentido antropológico, el resultado es un estado de liminalidad permanente y una larga lista de emociones que acompañan a esa identidad e historia puestas en duda.